



Curso: Saberes pedagógicos del desarrollo personal y social.

Docente: Katherine Araya

RECURSOS TENDIENTES A DERIVAR FORMAS NEGATIVAS DE CONDUCTA

El jardín infantil aspira en el aspecto emocional a dar oportunidades de dos tipos: aquellas en que el niño va aprendiendo a controlar gradualmente las expresiones indeseables y las que se manifiestan en ciertas respuestas deseables.

Aunque es verdad que hay que luchar por hacer desaparecer las tendencias negativas, queda sin embargo en pie el hecho que, dándole al niño suficiente oportunidad para expresarse en forma aceptable se reducirá al mismo tiempo su tendencia a expresarse en forma indeseable. Una de las primeras reglas para romper un mal hábito es reemplazarlo por un buen hábito.

Quizás si no tuviéramos que ocuparnos de la felicidad del individuo o del progreso de nuestra civilización, nos podríamos contentar con la mera destrucción de los hábitos indeseables. Podríamos pasar el día diciéndoles a los niños lo que no deben hacer y reprenderlos, castigarlos y reprimirlos.

Pero estamos interesados en formar de nuestros niños futuros adultos despiertos, reflexivos y progresistas y por ello debemos darles oportunidad de experimentar, libertad de no aceptar siempre el pensamiento ajeno, posibilidades de comprender lo que hacen los demás y estimular su imaginación para ver nuevas relaciones en los materiales. Una de las necesidades fundamentales del ser humano es influir sobre su medio, actuando sobre las cosas o personas que lo rodean.

Esta acción puede ser destructiva o constructiva. El niño que estrella un florero contra el suelo haciéndolo mil pedazos puede obtener tanta satisfacción de su actividad como el obrero que trabajó en hacer el florero al verlo realizado. La guagua se deleita derrumbando la pila de bloques que el adulto ha construido tan cuidadosamente y su alegría es evidentemente mayor que el placer que le proporcionó el trabajo del adulto, por muy perfecto que sea. (Josephine Foster y Neith Headly)

La disciplina en el jardín infantil

La disciplina en el jardín infantil debe tener un carácter activo. Se trata de que el niño no confunda la bondad con la inmovilidad y la maldad con la acción. Un aula en que todos los niños se moviesen útil, inteligente y voluntariamente sin hacer ruido, me parecería una clase muy bien disciplinada, según María Montessori.

Sugerencias Para La Educación De Párvulos

Disciplina de esa naturaleza no se obtiene con sermones sino a través de toda una educación motora y sensorial, es decir, a través del desarrollo integral del niño. El niño ha de tener libertad para desarrollarse, pero esa libertad tiene su límite en el derecho de los demás.

Ahora bien, en la vida diaria del jardín infantil en este proceso de aprender a convivir con los otros niños y con los adultos, ellos suelen, con mayor o menor frecuencia, presentar formas negativas de conducta. La educadora deberá enfrenar, en cualquier momento, problemas provocados por niños y niñas que pelean, lloran con frecuencia, negativistas, etcétera. Ante dichas manifestaciones, tendrá que adoptar medidas dirigidas a investigar las causas de la conducta del niño, basadas tanto en la observación diaria como en el estudio del régimen familiar. Estas medidas pueden ser de profundidad o de tipo inmediato. El presente capítulo estará destinado a sugerir algunos recursos de este último tipo.

No se trata, como se comprende, de técnicas estereotipadas, de recursos hechos, sino de medidas que la educadora puede aplicar en forma espontánea, a veces, súbita y cuyo éxito depende de su rapidez de acción, inventiva y poder de sugestión. El resultado no dependerá tanto de su contenido como de la forma de aplicarlo y, fundamentalmente, de la buena relación afectiva que haya logrado establecer con los niños.

Recursos de emergencia

Si estudiamos el contenido y forma de los recursos que a continuación se proponen tendremos que destacar los siguientes aspectos:

- Tienen carácter indirecto.
- Parten del interés del niño.
- Aspiran a derivar en forma positiva su energía.
- Tienden a disminuir su tensión.

Como se comprende, se trata de simples sugerencias y cada educadora puede crear los propios.

Estrategias y Juegos:

“Hagamos dormir a la guagua”

Situación: El grupo se encuentra bullicioso y alborotado. ¿Cómo bajar el tono? ¿Cómo producir una atmósfera más silenciosa? Hemos aplicado con éxito el siguiente recurso: de pie en un costado de la sala, exclamamos con tono seguro y aire de complicidad: *¿Cantémosle a la guagua? ¿Hagámosla dormir?* De inmediato, adoptamos la actitud de “hacer dormir a la gua- gua” cruzando por delante ambos antebrazos, imprimiéndoles un movimiento de balanceo suave que adopta el ritmo de la canción de cuna que empezamos a entonar con dulzura. No es raro que este ejemplo sea imitado de inmediato.

“Juguemos al silencio”

Descripción de su propia autora, la doctora Montessori, sobre el juego del silencio:

Ante todo, es preciso enseñar a los niños a hacer silencio y les acostumbro a esto por medio de varios juegos que contribuyen de gran manera a la sorprendente capacidad de disciplina que muestran nuestros niños.

Llamo la atención de los niños sobre mí misma, que hago silencio. Me coloco en varias posturas: de pie o sentada, inmóvil silenciosa, sin mover un solo dedo; procuro que mi respiración sea silenciosa, que todo quede sumido en un absoluto silencio. No es cosa difícil. Llamo después a un niño y lo invito a imitarme; mueve un pie para colocarlo mejor –hace ruido–, mueve un brazo rozando imperceptiblemente el sillón –he aquí otro ruido–, su respiración no es todavía completamente silenciosa como la mía.

Durante este ejercicio y mientras hablo, interrumpiendo mi explicación con momentos de inmovilidad y silencio, los niños se quedan encantados escuchándome y mirándome. Muchos se interesan por una cosa que no habían observado nunca; esto es, que hacemos muchas veces ruido sin notarlo y además, que existen varios grados de silencio. Hay un silencio absoluto cuando nada, absolutamente nada, se mueve. Los niños me miran asombrados cuando me coloco de pie en medio de la clase y estoy allí como si realmente no estuviera. Entonces todos se esfuerzan por imitarme y yo advierto que aquí o allá se mueve un pie inadvertidamente. La atención del niño se concentra sobre todo su cuerpo en un vivo deseo de conseguir la inmovilidad. Mientras esto sucede se produce un silencio muy distinto de lo que superficialmente llamamos silencio; parece que gradualmente desaparece la vida y que la sala va quedando vacía como si no hubiera nadie.

Entonces empieza a oírse el tic-tac del reloj de pared y aquél tic-tac parece aumentar de intensidad a medida que el silencio se hace más profundo. De afuera, del patio que parecía tan silencioso, empiezan a llegar a nuestros oídos varios ruidos: un pájaro que pía, un niño que pasa. Los niños quedan maravillados de tal silencio como de una conquista realizada por ellos mismos.

Ya no queda nadie, dice la directora, todos los niños se han marchado. En este momento se cierran las ventanas y los postigos, de modo que la habitación queda sumida en una semioscuridad y se invita a los niños a que cierren los ojos y a que se los tapen con las manos, apoyando ligeramente en ellas la cabeza. En esta obscuridad y en medio del silencio absoluto, se les dice: Ahora escucharéis una voz suave que os llamará por vuestro nombre.

Entonces, desde la habitación inmediata, por la puerta entre abierta, los llamo con voz apagada pronunciando lentamente las sílabas de sus nombres, como cuando se llama a una persona distante en la montaña y esta voz misteriosa parece que les penetra en el corazón y habla directamente a sus almas. También se puede utilizar con el mismo fin de tranquilizar, el colocar una pieza de música suave, el hacer descansar, en posición sentada, la cabeza apoyada en los antebrazos cruzados sobre la mesa al son de Los pollitos dicen.

Sacar a dar una vuelta este sencillo recurso resulta muy útil para tranquilizar a uno que está empeinado en algo y acalorado de llorar. Se comprende que el hecho de distraerse mirando algún pájaro en una jaula de la vecindad o simplemente la observación de la locomoción o de los niños que pasan, es suficiente recreo para los más pequeños. Si no es posible sacarlos fuera del edificio del jardín, un paseo por el patio, el que observamos con ojos de verlo por primera vez, nos dará sin duda elementos que distraigan al niño.

“¿Está el carnicero?”

Situación: Esta pequeña rima dramatizada sirve para establecer un diálogo que resulta casi infalible para aliviar al niño que por algún motivo se encuentra irritado y tenso.

¿Está el carnicero?

¿Se puede subir?

¿Se puede tocar el timbre? ¡Tilín tilín!

La acción como es sabido, consiste en tomar la mano del niño, cuyo brazo constituye una escalera y el lóbulo de la oreja el timbre.

Situación: Como esta, nos sirven otras rimas como *El Pinpirigallo* o *Mira la cruz de hueso*, o dicharachos como *¿Querís combito?*, *Anoche murió un bombero*, cuya acción consiste en tomar al que se ha tirado al suelo con pataleta, entre dos, de pies y manos y balancearlo al son de la rima:

*Anoche murió un bombero. Lo fueron a enterrar.
Le echaron poca tierra. Volvió a resucitar.*

Situación: un dicharacho que podemos utilizar cuando aparecen protestantes por el resultado de alguna repartición, ya sea de lápices, de panes o de otros objetos.

“Al que le toca le toca, dijo don Juan Biroca”

Con esta frase, que invita a aceptar con cierto estoicismo la ley pareja, obtenemos a veces mucho más que con discursos persuasivos, lo mismo que con la otra que dice: *El que se pica encuentra remedio en la botica*. La educadora ha de tener cuidado, para no exasperar al niño, de señalarle que ella será la boticaria y que puede acudir donde ella a “buscar el remedio”.

¿Está lloviendo? - Siéntese a llorar en esta sillita

Conviene usar estos dos recursos con los llorones. Cuando el caso es leve podemos recurrir al primero; cuando se trata de un llorón profesional será el segundo el que nos preste mayores servicios.

Me acerco a uno que llora y me inclino doblando las rodillas hasta quedar a su altura y digo, empapando con delicadeza mi índice en las lágrimas que caen, como dirigiéndome a un tercero:

¿Cómo es esto? ¿Está lloviendo? ¡Y yo que no traje paraguas! ¿Te has fijado tú qué gusto tiene esta lluvia? ¿Es dulce o salada? ¡Pruébala!

Importante señalar, casi no existe grupo donde no tengamos un niño/a que llora por casi todos los motivos, de esos que se emborrachan llorando y que desesperan a veces a la educadora. Con estos hemos ensayado el siguiente recurso:

Nos inclinamos hacia él, buscamos su mano y la tomamos con suavidad y firmeza. Lo llevamos caminando, adaptándonos a su paso, hacia una silla pequeña que hemos colocado previamente en un sitio fresco y aislado. Una vez llegados nos inclinamos hacia el niño y lo invitamos suavemente a sentarse en ella, a tiempo que decimos con voz tranquila: *Siéntate a llorar en esta sillita; es muy buena para llorar*.

Hacemos una pausa y siempre en el mismo tono, serio y cordial, añadimos como al azar: *Cuando no quieras llorar más me avisas*. Naturalmente permanecemos a su alcance, pero sin prestarle atención. No será raro que al poco rato nos avise, en el mismo tono en que nosotros le hemos hablado, que ya no quiere llorar más.

A nuestro turno, manteniendo el acento digno y confidencial que hemos impreso al diálogo, le expresaremos nuestro agrado por verle reírse “con sus perlitas tan bonitas”.

Los recursos hasta aquí presentados tienen, como se puede apreciar, un carácter y aspiran a bajar la tensión del que está afligido, distrayéndolo a través de un pequeño juego o broma. Hay en ellos pocas palabras, sólo las indispensables.

Utilicemos bromas

Es interesante destacar lo necesario que resulta el que la educadora se habitúe a usar bromas en su trato diario con los niños, como un medio de establecer un lazo más amistoso entre ellos. Veamos cómo se plantea esto en el trozo que sigue:

Los niños son simpáticos, porque la cosa más insignificante y la menor atención les entusiasma. Les encantan las bromas que, por lo demás, no necesitan ser muy buenas para hacerlos reír. Dígale, por ejemplo, a Eduardo: “A ver, Eduardo, muéstrame la lengua y te diré qué tenemos de almuerzo hoy día”. Por supuesto que Eduardo sabe que usted está enterada de lo que hay para el almuerzo, pero el hecho de que usted frunza el ceño y pretenda estar adivinando mientras le mira la lengua, le hará la mar de gracia. Dígale entonces: “Vamos a tener ensalada de papas, arroz con carne y postre de huesillos”. Esto le parecerá una broma estupenda.

También puede ensayar decirle a María: “Adivina qué llevaba puesta una mula que vi esta mañana al llegar al jardín. Una capa verde. Pero nunca darás con quién la montaba. ¿Sabes quién? Un conejito café”. Demás está decir que esta es una broma tonta. Pero es eso mismo lo que la hace graciosa. Lo divertido que tienen estas bromas, es que usted toma cosas que los niños conocen, como son las mulas, los conejos; pero las presenta realizando acciones que los niños saben pero que no son propias de aquéllas.

Otro modo de hacerlos reír es preguntarles cosas disparatadas como:

¿Oyes con tu nariz? ¿Sabes comer con los ojitos? ¿Puedes conversar con tus orejas? ¿Sabes andar con las manos. Una vez más es la sim- pleza de tales preguntas lo que divierte al niño. Observe cómo brillan sus ojitos. Ógales con qué ganas ríen.

Todo esto ocupa tiempo, pero debe darlo por bien em- pleado. Consigue así que los niños sientan en usted a una a miga. Ensaye esto con alguno que, amurrado, no quiere acostarse a la hora de la siesta. O con alguno que llora porque echa de menos a la mamá. Estas cosas alegran a los niños. Los niños contentos son más fáciles de cuidar porque son atrayentes.

Derivación de la agresividad

Nuestros pequeños suelen salir de excursión a plazas de juegos, al parque, al zoo. Guiar un grupo de treinta o más niños atravesando calles o usando vehículos de la locomoción colectiva no es tarea fácil para ninguna educadora, tanto porque algunos tienen tendencia a desbandarse como porque suelen surgir peleas y conflictos entre ellos.

En esos casos, como un recurso preventivo, conviene que la educadora, junto con las indicaciones relativas a la seguridad que da al grupo antes de partir, incluya una invitación a dejar en el jardín todos los puñetes o patadas, gritos o rezongos para que no molesten en el camino. Los niños, con seriedad que nos hace reír, suelen desembarazarse de tan molestos acompañantes dando fuertes golpes en el suelo o puñetes al aire.

“¡Toca la flauta con esa flautita!”

Situación: Con esta enfática y sorpresiva exclamación abordamos al que, palo en mano, se dispone a agredir a otro, haciéndolo variar de posición colocándolo a modo de caramillo en sus manos. La flauta puede a veces convertirse en la “enseña del guaripola”, cumpliendo, según el caso, fines semejantes.

Al que se obstina en gatear le decimos que él será el perrito y con los niños huimos; al que se empeña en separarse del grupo, mientras vamos por las calles, le sugerimos que se vaya por la hilera de baldosas rojas, sin salirse; al que no deja de disparar la pelota en el interior de la habitación en un día de lluvia le sugerimos que la haga rodar por una sola hilera del parquet.

Las manos son para hacer cariño

Durante las jornadas en los jardines infantiles, es muy común encontrarse con esos niños/as peleadores recalcitrantes, que es bastante frecuente. Suelo dirigirme a este generoso repartidor de puñetes y, atrayéndolo hacia mí sin violencia, le tomo las manos y poniendo las palmas arriba le señalo una de ellas y le digo: *Toca ahí y dime ¿es blandita o dura?* El peleador se toca dócilmente la palma e invariablemente responde: *Es blandita.*

Acto seguido, siempre acurrucándolo hacia mí, le vuelvo a preguntar: *¿Y por qué crees tú que te han puesto blanditas esas partes de tus manos?* Y ante su asombro le aclaro: *Porque son para hacer cariño.* Luego le permito comprobar mi afirmación, haciéndole sentir el contacto suave de su palma en su rostro, en el mío y en el de sus compañeros.

Pero luego sigo atacando: *¿Ves, tú, que son para hacer cariño? Si fueran para pegar, te habrían puesto allí un par de palos o un par de piedras, pero como son para hacer cariños, te las han hecho blandas y suavecitas.*

Le permito entonces probar su descubrimiento en el rostro de los niños que se han juntado en nuestro alrededor y que siguen boquiabiertos por la súbita transformación del peleador y no es raro que ellos a su vez traten de hacer la misma comprobación que el afectado y que su ejemplo se extienda por un rato.

Generalmente se encomienda que cuando vea pelear a otro niño, le enseñe también que las manos, no son para pegar, sino para hacer cariño. Le advierto: *Enséñale explicándole, tal como yo te lo expliqué a ti.*

Naturalmente que al volver en una visita posterior, me suelo encontrar con que mi amigo, ha dejado llorando a otro y a mi sorprendida pregunta del uso que ha de darse a las manos, me responde con la lógica propia de la edad: *Las manos son para hacer cariño, pero yo le pegué una patada.*

El punching-ball

Si disponemos de un *punching-ball*, que puede hacerse con una bolsa rellena de aserrín, podemos invitar a los niños a darle todos los puñetes que tengan escondidos a fin de que se desvíen de Juanito o Pedrito que eran sus seguros destinatarios.

Peleemos como boxeadores de verdad

Así les proponemos a los alterados contendores de un encuentro ocasional originado en que Juan me quitó esto o Pedro me dijo lo otro. Procedemos entonces a organizar una sesión de boxeo. Trazamos la línea de tiza que forma el cuadrilátero del ring. Hacemos aparecer con rapidez dos solícitos *seconds* que atienen en sus rincones a sus *pupilos*.

El término de cada *round*, se marcará con el sonido de algo que haga las veces de campana. La educadora que hace de *referee* instará a los *boxeadores* a saludarse y separará *los clinchs* excesivamente apretados que se produzcan.

Los boxeadores pueden convertirse en luchadores de lucha romana o en esgrimistas o karatecas o judistas.

Tirar al blanco

Este puede estar constituido por una botella o tarro viejo que encontramos en el camino, al que los niños lanzarán todas las piedras que iban destinadas con fines peligrosos. Jugar a los palitroques, a las argollas, a la rayuela, son otras tantas formas de hacer cambiar de rumbo la energía negativa.

Tirando pelotas de barro

La presente observación la tomo de mi cuaderno de visitas y se refiere a una niña llamada Verónica que pertenece a un hogar en que se exige mucho de ella en el sentido del orden.

Durante los seis primeros meses de concurrir al jardín, su ocupación preferida fue lanzar pelotas de barro contra la murella del patio. Es posible pensar que dicha actividad haya contribuido a relajarla al darle oportunidad de descargar su energía.

Esta niña que era tan hosca, negativa y encerrada en sí misma ha experimentado un cambio favorable. Observo que, por primera vez, se interesa en una actividad manual como es la confección de gorros. Sigue las indicaciones. Prefiere trabajar sentada. Responde a mi saludo afectuoso, me besa y sonrío con picardía.

Jugar al gavián y la gallina

Es un juego que resulta oportuno cuando hay uno de los niños que persigue encarnizadamente a otro para golpearlo. El verse incorporado súbitamente en un juego equivalente a la situación en que él se encontraba, disminuye su agresividad.

Como ya lo hemos señalado al comienzo del capítulo, en todos los ejemplos se puede observar que los recursos pro- puestos tienen un carácter indirecto. No le decimos al niño que no pelee o no llore, sino que lo colocamos en una situación en que no necesita seguir llorando o peleando. El elemento imaginativo que en todos ellos interviene, parte de algo que le interesa al niño. Al interesarlo, es posible rebajar el nivel de su tensión y orientar por lo tanto su energía hacia un cauce positivo.

Obsérvese que en algunos casos de derivación de la agresividad que hemos señalado, nosotros hemos limitado a repri- mir la acción negativa, sino que hemos hecho también variar el objetivo de la agresividad y hemos permitido la descarga de una manera positiva. Al niño que le estaba disparando piedras a otro, nosotros inventamos apuntarle a un blanco, que puede ser un montón de piedras o una botella en desuso; en el caso de la organización del box o la lucha, vemos cómo el elemento de establecer cierto ceremonial, de cumplir cierto ritual, baja la tensión y deriva también la agresividad.

Sin embargo, podemos ir elevando el nivel del recurso para disminuir la agresividad, recurriendo por ejemplo a las sugerencias del títere que destara la conducta positiva de alguno de los personajes, señalando que los tres chanchitos no eran llorones.

Encontrar soluciones pacíficas

Otra medida importante es habituar a los niños a buscar y encontrar soluciones pacíficas en sus conflictos. Por ejemplo, dos quieren empujar un tambor vacío a un mismo tiempo y cada cual quiere hacerlo en dirección opuesta. La actitud de la educadora en tal situación puede ser, si son muy pequeños, sugerir sencillamente que una vez empujen ambos en un sentido primero, y luego en el contrario, o que una vez podrá hacerlo cada uno en el sentido que guste y, ambos cumplan lo decidido. Si son mayores podemos obtener que ellos sugieran soluciones a la situación.

Otro caso: Todos los niños se precipitan sobre el piano y pretenden forcejeando, tocar todos a un tiempo. Si son pequeños podremos sugerirles de inmediato hacer una cola a fin de que todos toquen como Claudio Arrau, que no golpeaba el piano sino que lo tocaba suavemente. Si son mayores podemos ayudarles a que ellos mismos encuentren esta u otra solución semejante, en que se vea que tocando por turnos tocarán todos y se oírán mejor.

Si dos o tres se disputan el columpio o la subida al tobogán o un juguete para usarlo al mismo tiempo, tenemos oportunidad de hacerlos discutir una solución en que se llegue a un entendimiento.

Podemos dar el ejemplo con nuestra propia actitud conciliadora, como se refleja en la siguiente anotación:

Les propuse a los niños utilizar el cajón grande como “carrito de tren” y ahí se apretujaron tratando de entrar todos. Como no cupieron y se peleaban, les propuse una solución: que unos empujáramos el tren y un tercer grupo fuera “a caballo” a los lados del tren. Así arrastramos el cajón y ellos reían felices.

Darles responsabilidad

A veces hemos conferido a los que vemos arrastrando sillas o trepándose a las mesas el cargo de *inspectores de sillas y mesas*, cuyo papel consiste, como se comprende, en vigilar que nadie arrastre las sillas ni se suba a la mesa, lo que les hacemos ver, se obtiene a través de la persuasión y no de los golpes. El distintivo que los señala como inspectores consiste en un papelito que lleva un dibujo cualquiera y que ha de prenderse con cierta ceremonia en el pecho del agraciado. Solemos proponerle al que está haciendo un destrozo o pegándole a otro que cuando vea a algún niño que esté disparando palos o pegándoles a las niñas le explique que no debe hacerlo.

Al que está desparramando agua le encargamos regar. Es importante, para el éxito de estos pequeños trucos, que el niño sienta que le estamos hablando en serio, pero con cordialidad y que, a continuación, destaquemos su reacción positiva. Una invitación *a levantarse los más forzudos para ayudar a llevar sillas o ladrillos*, es una manera segura de que la educadora reciba ayuda pronta y nutrida.

Designar al que estorba el juego de lanzamiento de las argollas como el que reparte las argollas, hace que Ramón se interese y participe contento, ordenando y dirigiendo a los demás.

Poner por último al niño ante una alternativa (que da como un hecho que ha de realizar la acción que deseamos), tiende también a descargar su negativismo. No es lo mismo preguntarle a María: *¿Quieres recoger los palos?* que *¿Cuáles prefieres recoger, los azules o los rojos?* *¿Los redondos o los cuadrados?* Tampoco tiene el mismo efecto preguntar: *¿Vamos a jugar al Chinol, Lila?* que *¿Jugamos al Chinol o al Mandandirum?*

Aprovechar la admiración que los niños sienten por algunos personajes

Invocar el ejemplo del futbolista, del cantante o del actor favorito para que los niños realicen algunas acciones, suele dar buen resultado. El ejemplo de los héroes de la patria, que están más cerca de los niños, también puede ser utilizado con los mismos fines. Señalar, por ejemplo, que Arturo Prat, cuando se caía lloraba un rato y luego sacaba ánimo, nos puede servir con algún pequeño accidentado.

Leonel Sánchez o Pelé u otro puede ser mencionado como aficionado a comer tal o cual alimento o realizando con regularidad algún hábito higiénico difícil de formar.

Alabanza y estímulo

La insistencia de la psicología infantil en el sentido de alabar y estimular, es decir, poner la atención en las formas positivas de conducta y silenciar o no poner énfasis en las negativas, tiene en el jardín infantil una aplicación y éxito diarios.

De los numerosos ejemplos que nos da la práctica, mencionaremos el de Julio, niño problema, sumamente agresivo e inestable:

Gilberto trata de pararse sobre las manos; igual cosa hacía Sergio. Gilberto no se podía sostener sobre ellas y Julio le propuso que se ayudaran sosteniendo los pies en la muralla. Gilberto así lo hizo y pudo sostenerse. En este momento alabamos la conducta de Julio que "ayuda" a otros niños mayores.

Al respecto Eva Knox Evans señala que a todos nos gusta que nos presten atención y a los niños también. Debemos concedérsela a tiempo, porque el niño que no la consigue portándose bien, la obtendrá haciendo lo contrario. No olvide manifestarle al niño cuando hace algo bien que lo que hizo está bien o que gusta mucho lo que hizo o que así se hacen las cosas.

Dice Knox que generalmente existe en un grupo de niños alguno que reclama mayor atención y que, para conseguirla, se porta peleador y bochinchero. Trate de mantenerlo ocupado en cosas que puedan interesarle. Tal vez pueda realizar algún pequeño trabajo, como preparar una mesa para el almuerzo o colocar las sillas en círculo para la hora del cuento o ayudar a uno más pequeño cuando va al baño.

En esta forma le está concediendo la atención que le resulta beneficiosa, y así, manteniéndolo ocupado, se olvidará de hacer bulla y desorden. No olvide de preocuparse de él antes de que se porte mal.

Se plantea, como se aprecia en las líneas de Eva Knox, la idea tan importante de prevenir la mala conducta, destacando lo positivo y derivando hacia acciones útiles la energía que el niño estaba usando en forma negativa.

La educadora debe procurar que aprecien en su justa dimensión la trascendencia de los actos que consideramos negativos. No exacerbar en ellos el sentimiento de culpa ni fomentar tampoco una actitud de desidia.

En el ejemplo que a continuación señalamos podemos apreciar los efectos que produce un exagerado sentimiento de culpa y la ausencia de medidas para prevenir tales accidentes para concluir que el asunto está mal enfocado.

Martita ensució el mantel con leche y lo tiró debajo de la mesa. Al ver que el mantel de Margarita estaba limpio quiso echarle a su vez leche. Como yo le dijera que no lo hiciera, al darme vuelta le derramó la leche en el vestido. Le señalé que eso no se debía hacer ya que a la mamá de Margarita le costaba lavar el vestido. Traté que se diera cuenta cómo había quedado el vestido. Martita me miraba y se reía. Yo le había llamado la atención con bastante severidad.

Al tratar de explicarle estas reacciones, la alumna anotó con agudeza:

–He notado que los niños están bien con los manteles mientras están limpios. Cuando los ensucian los echan al suelo o los disparan hacia el centro de la mesa. Pienso que en el fondo, los niños se sienten avergonzados de su torpeza que estiman irreparable y quieren ocultar o hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Es importante que la educadora considere que los niños han de confiar en ella para obedecerle e interesarse en lo que ella quiere que hagan. En un caso la educadora advierte: *Le repartiré primero el material al que esté más calmado*, y luego pro- cede a entregarle el material al que grita más solicitándolo. Esta actitud contradictoria e injusta de la educadora tiende a desorientar al niño.

Encarnar personajes parecidos y personajes antagónicos

Conviene ensayar con algunos niños el darles oportuni- dad de dramatizar tanto personajes que corresponden a sus características personales de carácter como a otros que le son antagónicos. Los tímidos podrán representar a un personaje tímido y pusilánime y a otro *sobrado* y audaz; los niños gritones, a quien habla a gritos y a quien se expresa con voz musical y delicada. Es una gimnasia que puede tener efectos positivos.

Los esfuerzos no son en vano

Conviene saber que los esfuerzos que hacemos en el te- rreno de derivar en forma adecuada las actitudes negativas de los niños, no son en vano.

Damos a continuación un ejemplo que muestra la actitud positiva que van adquiriendo los niños si la educadora les inculca el espíritu de la buena convivencia.

–Primero se arrebataban los objetos cuando los deseaban; ahora han cambiado mucho. Luis Aranda, cuatro años, recortaba unos papeles con una tijera; Pepe, de cuatro y medio, le dijo:

–¿Luchito, me prestas la tijera?

–No.

–Mira, Luchito, corta todo ese papel y después me la prestas, ¿quieres? –Ya, espera un ratito que yo termino aquí.

Así, Pepe esperó pacientemente a que Luis terminase. Este, entonces, dijo:

–Toma la tijera, Pepe; después me las devuelves, ¿ah?

–Sí, Luchito, muchas gracias.

En el diario de otra alumna en práctica leemos:

“A veces los niños, al saber que iremos de visita a otro jardín, nos proponen espontáneamente llevar flores a los otros niños”.

Naturalmente que la actitud de la educadora es decisiva para prevenir y abordar los problemas de conducta que se presenten. Es altamente recomendable para las educadoras que lean a sus niños uno de los episodios que forman parte del cuento de Pearl Buck, *Los cinco hermanitos*, donde se da una hermosa lección de la necesidad de llegar a un entendimiento. Aconsejamos también el cuento *El rabanito que volvió*.

Bibliografía

Eva Knox Evans, *Children and you*, traducción de Linda Volosky, Editorial Universitaria, Santiago, 1946.